# DE LA CORDIALIDAD MEDIANTE LA HISTORIA (*)

---

Este momento vivirá en mi memoria lo que yo viva. En él realizo una ilusión dorada. En mi albor adolescente, el fervor de la ciencia abrió a mis ojos la perspectiva silenciosa y espléndida de esta Universidad de La Plata con sus laboratorios fecundos, con sus investigaciones felices, con sus maestros en cuya frente perlada por la fatiga del esfuerzo vindicador de la nobleza de la estirpe americana, la luz de las verdades nuevas refluía, y sobre las blusas de los imberbes jóvenes aprendices de la cultura tanto tiempo anunciada por los próceres y los sabios de la patria vieja...

A mi cuartito de estudiante llegaban las noticias de la vencedora marcha de la Universidad argentina de La Plata. Los nombres de tres abnegados: Francisco P. Moreno, Joaquín V. González, Florentino Ameghino rubricaban las tres direcciones fecundísimas de la ciencia. Era el uno el obrero de la gran cultura, era el otro el ordenador inicial, era el tercero el *indefatibilis quaesitor* de la arqueología pampeana...

Vi entonces, como en lontananza, la clara misión inmortal de la Universidad de La Plata, y me dije, en alas del entusiasmo: Allí van los argentinos a enlazar la cultura clásica al árbol silvestre de la cultura autóctona; allí van a remozar el alma de la raza hispanoamericana; allí van a hacer carne las ideologías de su gran Rivadavia, educador del Río de la Plata; allí

(*) Conferencia leída en el aula mayor de la Facultad el 28 de abril, inaugurando el ciclo de conferencias de cultura general correspondiente al año 1923.

van a hacer converger la sangre antigua con la sangre moza...

¡Quién me dijera entonces que un día los vientos propicios de la amistad y de la benevolencia traeríanme a profesar mis ideas en el seno mismo de tan ilustre casa de estudios generales, adonde yo reputé siempre un honor venir a sentarme en sus aulas como estudiante de matrícula!

Ya no es la misma alma la que agita estos claustros fervorosos, o mejor, ya ha habido una muda de almas en esta grande casa. Un acontecimiento magno la ha renovado como renueva la primavera los retoños y el tronco mismo de la encina huésped de las aves del cielo.

Una vez dada cuenta de vuestra existencia en el mundo científico, hicisteis una innovación audaz y afortunada: habéis hecho entrar la democracia en la ciencia... Ciencia, democracia, algunos las han considerado opuestas. Lo serán, tal vez, yo no lo creo, pero confesemos que también el día y la noche se oponen, y, sin embargo, ambos en su imperceptible sucesión de tintas sobre el inmenso azogue del mar y bajo la paternidad augusta del azul de vuestro cielo, integran armónicamente la visión de la vida.

El mejor programa, y vosotros lo sabéis a carta cabal, el primer número y el último número de un programa de acción universitaria es concurrir al dominio de la ciencia. Dentro de un siglo parecerá a nuestros descendientes infantil el haber querido garantir la libre investigación de las ciencias con los postulados hasta ahora exclusivos de la región política y social, de la democracia plenaria. También hoy ya nos parece que son axiomáticos los principios de la Revolución de Mayo de 1810, la libertad de prensa, la libertad de opiniones dentro de la justicia, la soberanía popular y otros principios. Pero es que ellos, incorporados a nuestra sangre, metidos en la médula de los huesos, nos son indispensables y están identificados con nuestra existencia como el aire que respiramos instintivamente.

Cuando recibí la gentil invitación de vuestro joven y ya preclaro decano, mi querido amigo el doctor Levene, para venir a daros una lectura, pensé que os sería agradable escucharme acerca de algún episodio de la historia de mi país. La índole forzosamente monográfica del tema elegido *(Relaciones políticas*

*y diplomáticas entre Rozas y Oribe)* y mi ignorancia relativa del ambiente de esta conferencia, me hicieron desistir, para resolver ofreceros una disquisición menos concreta en detalles aunque no menos precisa en sus conclusiones y direcciones prácticas, como quizá convengáis conmigo después de haberme oído benévolamente.

Las patrias americanas nacieron en el siglo XIX. Repudiaremos siempre la injuria que un escritor francés contemporáneo ha vertido sobre la túnica de aquella centuria. Un siglo estúpido que ha dado origen a una columna de nacionalidades vigorosas, es un siglo envidiable, diga lo que quiera Mr. Daudet.

El siglo XIX es, cuando no de otras grandezas humanas, el siglo de la historia y de los historiadores. Un fenómeno que participa de los caracteres morales, intelectuales, sociales, económicos aún, aparece en medio de la civilización cristiana. Es el romanticismo tan varia y tan opuestamente juzgado por el siglo actual.

El romanticismo ha sido tantas veces definido como pensadores han estudiado sus manifestaciones. El romanticismo ha preocupado a nuestro tiempo mucho más que el clasicismo. A las polémicas, no del todo estériles, entre clásicos y románticos en el campo del arte, ha sucedido algo mucho más serio, tal la comprobación de que «lo romántico» había invadido totalmente el terreno ideológico, sin perdonar tenaces infiltraciones en el edificio filosófico.

Pero sea cual sea el juicio que prevalezca de entre los millares de análisis emitidos acerca de tan apasionante entidad, convendréis conmigo en que pocas han merecido un nombre más exacto y propio: romanticismo, el regreso a la latinidad de la inteligencia germánica perdida entre las brumas del racionalismo kantiano, engendrado, a su vez, por el entendimiento de Locke y el sensualismo de Hume.

Ha escrito Camille Vallaux: «Que una lentitud demasiado grande del movimiento político entraña también consecuencias perjudiciales para la evolución normal de las sociedades políticas. Mientras una rapidez excesiva las hace morir y perecer muy pronto, una gran lentitud las retiene mucho tiempo en una especie de gestación lánguida, de la que apenas pueden

salir. La América española estaba formada, desde la segunda mitad del siglo XVI, desde Méjico al Plata, por un cierto número de virreinatos y capitanías generales, Nueva España, Nueva Granada, Río de la Plata, Venezuela, Quito, Perú y Chile, cuyos cuadros políticos, con sus fronteras, sus capitales, centros administrativos y organización, parecían trazados para el advenimiento, en plazo breve, de esas colonias al rango y a las fases de desenvolvimiento de los estados autónomos. Pero esta autonomía tardó mucho en venir; no se realizó hasta tres siglos después; esa lentitud no nos sorprende, tanto más, cuanto que las colonias inglesas de la América del Norte no tardaron más que siglo y medio en conquistar su autonomía.» El autor citado culpa al régimen económico de España el atraso de esa emancipación que él reputa tardía.

La opinión es sospechosa de parcialidad y, además, demasiado aventurada. ¿Por qué lamentarse del atraso en el despertar político si la diferencia de razas española y anglosajona son calidades muy para tenerse en cuenta en el desenvolvimiento de ambos grupos de pueblos? ¿Y por qué dar como definitivo que el factor económico ha de ser el decisivo para pulsar la capacidad autonómica de Hispano-América? Si la independencia política norteamericana llegó a su madurez, débese exclusivamente a la forma de las interpenetraciones de la metrópoli europea que nos cupo en suerte. En efecto, si Estados Unidos se nos adelantó en la madurez política, nosotros le superamos largas distancias en el desenvolvimiento artístico general. ¿Dónde está el desenvolvimiento intelectual norteamericano, mediante el cual pueda considerarse su literatura un valor alto y eterno? Sus escritores son cantidades individuales, sueltas, sin conexión alguna, faltos de un nervio central. En cambio, la literatura hispanoamericana en muchos puntos ha superado a los valores contemporáneos de la madre patria. Nuestros historiadores, nuestros poetas, nuestros literatos y aun muchos de nuestros novelistas pueden hombrearse con los más sólidos prestigios españoles. Sarmiento es un pensador genial; Ruben Darío, el mejor poeta de España y América; Rodó, el crítico más profundo después de Menéndez y Pelayo; Andrés Bello superó a Alberto Lista y a Amador de los Ríos, sus coevos.

Pero todo ello vino junto al portal del siglo XIX; el siglo XVIII, de un seco y crudo racionalismo, nada nos dió sino en sus últimas décadas, cuando la revolución francesa con un poder expansivo y explosivo brutal e irradiante salpicó la corona caduca de los borbones españoles y a su resplandor siniestro, en muchos aspectos, alcanzamos la liberación política que tardaba ya.

El año 1810, lo he dicho en Buenos Aires hace pocos días en las columnas del gran diario *La Prensa,* es el año dorado de América. En su seno fecundísimo se incubaron las larvas puras de la libertad. La uniformidad legalista española que había ido, en el terreno de la práctica, cediendo lentamente el paso a las particularidades manifestadas desde el tiempo colonial, se quebró en mil partes como una granada de opulentas pepitas rojas al abrirse bajo la presión de las manos del sediento caminante.

América, en ese año, es la misma de hoy. Necesitamos reconocerlo así para poder entendernos. El principio de las nacionalidades se encarnó en los mismos entes que hoy figuran como tales universalmente roconocidos. Me explicaré brevemente.

La subversión americana fué una subversión de carácter municipal en la forma. En Europa, los grandes movimientos patrioticos se han desarrollado en los campos donde asienta el tejido de sostén de cada nacionalidad, la fuerza de resistencia, la energía viva de la tradición reaccionando como el organismo humano contra los cuerpos extraños que llegan del exterior.

Al formarse en España las célebres juntas provinciales de resistencia al dominio napoleónico, en 1808, el caso no tardó, como bien lo sabéis, en alcanzar las playas de América, y de allí esparcirse como reguero de pólvora en el continente. Nosotros quisimos también juntas.

De esa actitud inicial parte la revolución americana. Fué ella simultánea aunque el celo patriótico y justamente aceptado de cada pueblo ha querido atribuirse la primicia del «primer grito de independencia». A los habitantes del Río de la Plata nos basta con saber que el 25 de mayo de 1810 es el hito marcador de nuestra revolución democrática y que la pirámide de la plaza Victoria, de Buenos Aires, es el monumento común de una fecha tres veces gloriosa.

Pero yo quiero destacar una enseñanza memorable para esa

misma democracia, y ella es que al proclamar las ciudades españolas sus respectivas juntas, las ciudades americanas, sus hermanas, hicieron muy pronto lo mismo, sin que entre ellas hubiera hegemonía alguna, ni pretendida superioridad de categoría. Las ciudades americanas que fueron hasta entonces capitales de virreinatos o capitanías generales proclamaron la creación de juntas y al lado de ellas otras, como Montevideo, Quito y Chuquisaca, que no eran capitales coloniales pero si núcleos de sociabilidad y de intereses morales y materiales, las imitaron con idénticos arrestos de entusiasmo.

El sociólogo percibe con toda nitidez en este avance de las ideas republicanas el vocerío, confuso todavía pero inconfundible, de una vida nueva. El sociólogo no se equivoca al sindicar tantas nacionalidades futuras como núcleos de resistencia al poder español surgen en el año 1810.

El nacer de las nacionalidades americanas coincide singularmente con la formación de la doctrina romántica. Al racionalismo que había en los siglos XVII y XVIII cohonestado y defendido en tesis repudiables «la razón de Estado» y el absolutismo resumido en la clásica teoría del «despotismo ilustrado», sucede la pulverización de los viejos legistas que defendieron la teoría hobesiana, e irrumpe la doctrina de la soberanía del pueblo basada todavía, es cierto, en la piedra movediza del derecho de la mayoría sin norma ni control.

La edad media había legado a la edad moderna la ideología del sueño hegemónico de un rey-hombre. La edad contemporánea concibió el sueño hegemónico de un rey-pueblo.

La revolución americana no tuvo significado más trascendental que el de fundar este último reinado, proclamando a la vez los órganos que en el porvenir habrían de participar de él con plenitud de responsabilidad y en formas múltiples y riquísimas en los detalles.

Esos órganos fueron las nacionalidades americanas.

Reconocidas las nuevas responsabilidades políticas dadas a luz en 1810, hay que guardarse de otra sugestión igualmente perniciosa: la imitación de la manera tradicional de comportarse los estados de Europa en sus mutuas relaciones. Las nacionalidades americanas se constituyeron con notas propias a

cada una en un proceso largo, es cierto, pero de fondo; sin tener en cuenta disparidades racionales que, por otra parte, no existían. El azar de las conquistas había fijado en los días primeros la ubicación de los centros urbanos y éstos difundieron la creciente conciencia nacional. Sea o no cierta la teoría de Ratzel sobre el espacio y la posición, en sus clasificaciones del macro y microestatismo, para nuestra América no tiene aplicación alguna. La identidad étnica y el común destino obstan decisivamente. ¡Si al menos la parcelación política del mapa americano hubiera repasado como en un calco regresivo los lindes de los imperios y naciones precolombianos! Pero no fué nada de eso. Las tribus indígenas quedaron aplastadas bajo el corazón recién creado en cada patria surgente: araucanos hubo para Chile y Argentina; quechuas y aymarás para el Perú y Bolivia; guaraníes para el Brasil y el Paraguay; mayas para Guatemala y para Méjico. Todos cayeron bajo el rudo y melancólico destino del *Jus soli.*

Esta extensa revisión de nuestros orígenes desde un punto de vista que no es precisamente el que suele enseñarse en las cátedras, en cuyos ámbitos suele resonar la voz de un «espiritu nacionalista» demasiado estrecho y por ende incomprensivo, viene a parar al tema central de mi disertación de esta tarde; la cual disertación, por cierta manera ya está casi en su mitad desde que reconocer en la investigación realista de la historia la comunidad del origen, la identidad de propósitos políticos y la convergencia de las esperanzas, es declarar, sin más trámite, la perentoria urgencia de la cordialidad mediante el influjo benéfico del pasado.

Las preocupaciones sociales dominan la superficie de las cosas, pero sólo van al subsuelo de la realidad total cuando toman impulso en el conocimiento histórico. Uno de los más rotundos errores de los reformadores sociales modernos radica en su desconocimiento de las relaciones íntimas entre el pasado y el presente. El mismo Carlos Marx, cuyo pabellón ha cobijado tantas reivindicaciones farisaicas, no dejó de sentar, aunque unilateralmente, sus reales en la historia para formular sus doctrinas.

Augusto Comte tomó de Saint-Simon la clasificación de la

humanidad occidental en teológica e industrial: deducción histórica. Pero ello no suele ocurrir al presente, sobre todo, en el mundo legislativo americano y con algunos ejemplos de la realidad social del Uruguay, mi patria, podría yo fácilmente haceros una cumplida demostración.

He generalizado quizá en demasía para demostrar la unidad moral de Hispano-América. Hora es de que descienda a esta cuenca del Río de la Plata.

Para fundar una cordialidad, o mejor, para aceptar la que los hechos históricos nos brindan con esa muda elocuencia de las cosas que fueron, partiremos del axioma de la diferenciación inaugurada con carácter inolvidable en la revolución de Mayo. Vosotros no tuvísteis un caudillo para esa revolución admirable; tuvisteis sí un hombre de acción pensadora, si puedo decirlo. Tuvisteis, señores, el gran cerebro de Mariano Moreno. Ricardo Levene, cuyo nombre irá vinculado de aquí en adelante a aquella gloria argentina, nos lo muestra en su magnífico dinamismo renovador que combate en el seno de la Junta revolucionaria contra los tenaces vestigios del pasado colonial y con la timidez política que tan bien se advierte en las sinceras y conmovedoras páginas de las Memorias de Belgrano.

Nosotros los uruguayos tuvimos un caudillo que por la fuerza de las circunstancias y el entrañable amor que concibió por una doctrina política célebre en derecho constitucional, encarna para nosotros una cumbre y un ideal. Este hombre es don José Artigas. Permitidme que os adelante, señores, que la cordialidad mediante la historia entre argentinos y orientales será definitiva e incorruptible el día en que vosotros estudiéis esa extraordinaria figura rioplatense a la luz de la imparcialidad y libres de los reatos de una tradición que no ha sido, desgraciadamente, propicia a la investigación desapasionada de la verdad.

Mirad que en el Uruguay no discrepamos de vuestras glorias: el gran capitán San Martín está sobre nuestras cabezas; Mariano Moreno suscita a lo largo de la historiografía uruguaya unánimes admiraciones, basadas en nn conocimiento cierto y meticuloso de su gestión democrática en el momento eterno de Mayo. La revolución de 1810 que os dió libertad, canta en una de las estrofas de nuestro himno patrio y sus laureles siempre

nos parecen frescos; la labor educadora de vuestro Rivadavia es un ejemplo para nosotros y nuestros mismos poetas la han puesto como motivo lírico.

En toda la amplitud de vuestra existencia democrática vuestros grandes hombres nuestros han sido; es Sarmiento cuyo libro el *Facundo* se considera en el Uruguay el primero y el mejor libro americano; es Alberdi cuyas doctrinas federalistas y hasta una referencia respetuosa para Artigas nos conquistaron en todo momento; es el dulce maestro José Manuel Estrada, cuya elocuencia y cuya gracia melancólica en el estilo gustamos casi desde la infancia.

Pueblo fecundo en hombres ilustres, en políticos austeros, en inquietudes renovadoras, creyente en la virtud redentora del trabajo, el argentino es nuestro hermano y con él hemos estado en todas las horas solemnes de la común historia.

Pero así como de hecho hemos compartido con vosotros la alegría de la liberación y la amargura de la tiranía humillante; así como la tradición familiar, doméstica, es una en nuestros hogares hasta fines del siglo pasado, caben aquí dos serias, dos gravísimas reflexiones que no debo silenciaros, porque veo en ellas dos problemas a resolver en el futuro.

En la historia hay dos orientaciones básicas: el conceptualismo y el realismo. Así tenemos los historiadores que trabajan sobre conceptos los hechos que se les brinda por el pasado, y los hay que sólo atienden al hecho apenas enlazado con una causalidad más o menos bien investigada, la hechología, que decimos los profesionales de la investigación histórica.

La historia americana ha padecido del defecto capital de ser casi siempre una crónica mal rimada de hechos peor observados. Lo más triste ha sido que hemos tenido que agradecer a esos malos cronistas los servicios bastardos prestados a las generaciones pósteras de la revolución; gracias a ellos nos llegaron algunas noticias verídicas de los fastos nacionales. Pero la reacción conceptual llegó, a su vez, a mitad del siglo XIX y entonces quedó completada otra forma de la revolución historiográfica. Fué la historia «civilista» de América, compuesta por togados que desconocían la vida de los campos americanos, y el proceso revolucionario que en sus bosques y

llanuras habíase desenvuelto. Por esos años las revoluciones intestinas en que el actor anónimo era el gaucho platense, desprestigiaron fácilmente al centauro de 1811, al soldado heroico de las campañas guerrilleras, y entre ellos cayeron Artigas y vuestro Güemes.

La historia-tipo, concepto y hecho a la vez, ha tardado muchos años y recién ha iniciado sus cuadros representativos. Ella deberá ser como una combinación feliz lograda en vuestra marina de guerra, esa laureada fragata *Presidente Sarmiento* impulsada por el vapor de sus calderas internas y también por el viento que hinche su amplio velamen, imagen flotante de la patria entregada a la áspera caricia del océano.

La historia «principista» y la historia «narrativa» cumplieron su edad. Como un *intermezzo* científico apareció entre nosotros la «monografía», que ha participado por igual de aquélla y de ésta, interpretaciones extraviadas una y otra que ha dado origen a su aislamiento. ¿Cuándo realiza la historia su fin más alto? Cuando es perfecta la concordancia entre sus inducciones y la remota verdad que se le entrega. Pero como en todo acto de amor supremo, sólo el corazón sincero puede poseer, en su plenitud. La historia, la *grande histoire* como dicen los franceses, debe ser obra del amor. Y es cosa sabida que las fuentes de la historia de América estuvieron envenenadas muchos años.

Argentinos y orientales, por lo que a nosotros respecta, debemos cuidarlas para que sus aguas sean todo lo puras y saludables que deben ser.

La otra grave reflexión que pienso evocaros y cuya silueta veo con toda claridad obscurecer la comprensibilidad mutua de nuestra historia, es el hecho de la inmigración extranjera que, al volcar en las playas del Plata legiones de obreros beneméritos e incansables nuevos constructores de la patria futura mediante su prole numerosa, ignoran el país de adopción y arraigan sin conocimiento cabal de la sutil trama de la historia común de glorias y sacrificios.

Creedme, queridos estudiantes, creedme, vosotros ilustrados consejeros, una de mis mayores congojas cuando contemplo serenamente el porvenir de nuestro Río de la Plata, es ese formidable problema de la ignorancia recíproca de nuestras patrias

en la mente de los nuevos ciudadanos argentinos y uruguayos.

Cuando las animosidades de la política interna uruguaya imponía a los órganos moderadores de la opinión una palablra, un gesto de apaciguamiento y de templanza, solíamos proponer a las exaltadas banderías tradicionales el ejemplo dignificante de la evolución política argentina.

Si los uruguayos se agrupan todavía en torno a las enseñas de caudillos ancestrales pretendiendo darles la coloración de programas oportunistas, el mundo argentino ha olvidado de modo irredimible sus antiguas discordias partidarias. Entonces, la alta figura del prócer Sáenz Peña surgía en medio de nuestra virulenta contienda electoral. El gran amigo de los orientales, el gran diplomático que, como un humano salvador de la paz en el Plata, abajó la cólera de sus aguas con el afianzamiento de la cordialidad de estos pueblos (el protocolo de de 1909); venía a indicarnos la senda de la verdad democrática entorpecida por un oficialismo prepotente y por el empecinamiento faccioso de los opositores...

Todos estos ejemplos muéstrannos, a la claridad meridiana del sol de Mayo, que las actitudes internas de los respectivos poderes de ambas naciones se influyen todavía recíprocamente y que hay en medio del estuario un polo magnético, un misterioso reactivo cuya virtud alcanza, aún en los revueltos tiempos que corren, a atraer y agavillar nuestros trabajos de general engrandecimiento, la empresa civilizadora de que orientales y argentinos nos hallamos solemnemente encargados. Hay una acción catalítica de un pueblo sobre otro que nada ni nadie puede suspender ni en su causa ni en sus efectos. Esa acción, aquel polo y esos ejemplos los ha fundado la historia. Pero, y vuelvo al tema de la inmigración, ¿será factible mantener en presencia una de otra las dos substancias simpáticas de esa combinación de almas? ¿Los extranjeros que por millares de millares llegan a fecundar y hermosear nuestra ya hermosa tierra, como las bandas de golondrinas apartan a los continentes donde impera el alegre sol primaveral, conocen los antecedentes de esa concordancia de espíritus, la crónica y el romancero de las glorias viejas? ¿Enseñarán, acaso, a sus hijos que esta tierra argentina se prolonga, en un pasado que no quiere morir, hacia las

barrancas orientales? ¿Cómo hacerles sentir con una intensidad hermana de la que escarba en nuestros pechos, la emoción de vuestra unidad de esfuerzos contra las correrías portuguesas en el sigló XVIII a fin de preservar el legado de España de toda infiltración extranjera? ¿Percibirán el sentido hondamente afirmativo de las hazañas de Ceballos en sus victoriosas campañas reivindicadoras?

Y luego, al expugnar la fugaz dominación británica, ¿será reconocida la preexistencia de ese espíritu común de solidaridad que unificaba a Buenos Aires y Montevideo, los verdaderos héroes de Miserere y el Cardal?

Mis interrogaciones comprenderían, en realidad, señores, un índice de la historia rioplatense. Temo, pues, por toda ella mientras contemplo extático desde los muros de mi puerta natal, el pasar interminable de esas naves repletas de hombres en busca de nuevo hogar en vuestra tierra generosa.

Temo porque algún día, mirando hacia el este, hacia la curva que dibuja el río Uruguay al darse el abrazo con el Plata, los futuros argentinos puedan preguntarse qué significado tiene ese pequeño pueblo radioactivo sentado en la península formada por el Atlántico, el Plata y el Urugnay. Sería ese un día fatídico, y los uruguayos seríamos un «problema» para los argentinos, en lugar de ser, como hasta ahora, uno de los términos del binomio.

El mantener e intensificar la cordialidad viviente de nuestros respectivos países, es empresa conferida a la masa popular, en primer lugar, mediante el aporte de inmigraciones periódicas y recíprocas, y el afianzamiento de más íntimas relaciones sociales y mercantiles. En segundo lugar, es obra de la alta cultura y de la alta política.

Si, como dijera el genial Savigny, la tradición es el resultado del espíritu de un pueblo manifestado en formas jurídicas, artísticas y sociales; si la historia, en la definición nunca desusada del orador romano, es la maestra de la vida y la voz de la antigua edad, sea ella la que conduzca esta interpretación de los pueblos argentino y uruguayo. Escribamos juntos nuestra historia así como es absoluta verdad que la hicimos juntos en los campos de batalla, en los tumultos populares, en los con-

gresos, en la diplomacia. Esta afirmación es una síntesis de hechos, no es una fórmula desprovista de calor pasional. A toda emoción argentina ha respondido siempre el alma oriental. A toda congoja uruguaya ha vibrado el alma argentina. ¿Por qué habremos de componer, entonces, nuestra historia con propósitos que no transferirán a la posteridad los móviles auténticos de los campeones que, unidos en lo esencial, bregaron por darnos el reposo de que ahora somos poseedores?

La historiografía argentina ha vinculado a la obra constructiva de la patria actual a legiones de guerreros, políticos, pensadores, poetas y escritores cuyas existencias chocaron entre sí con violencia muchas veces. El historiador contempla desde lejos el dramático episodio y toma con sabia deducción la resultante: todos ellos fueron colaboradores de la gran nación argentina. Las mismas luchas dejan entrever el anhelo de todos, el fin primordial de alcanzar la democracia republicana y representativa.

Y os digo, si esta actitud no puede ser más lógica, ¿por qué no extenderla a los orientales que junto a vosotros bregamos en la Reconquista de 1806, en el Cerrito de 1812, en Sipe-Sipe de 1815, en las campañas de los Andes, en Ituzaingó de 1827, en la Defensa de Montevideo de 1840 a 1850, en Caseros, en las duras, y quizá injustas, campañas del Paraguay? Sintetizar es ver más lejos.

Hace pocos días leí, con verdadera pena, en un gran diario bonaerense una manifestación regresiva de la cultura histórica. Se decía allí que su opinión acerca de José Artigas, manifestada hacía más de treinta años, quedaba en pie en sus líneas generales tanto como en los detalles y que su juicio era inconmovible. ¿Quiere ello decir que todavía es cierta la excéptica fórmula de Pascal de que el derecho cambia con la marcha del sol y bajo la diferencia de latitud geográfica?

No, señores. Ese poderoso órgano de opinión marcha, a pesar de su seria afirmación de ayer, hacia una mayor cordialidad con el pasado de mi patria. Su glorioso fundador, el general Mitre, en cuya vida yo he encontrado un admirable modelo de tenacidad, dignidad y patriotismo americano, en sus últimos años había bosquejado una rectificación del héroe oriental. «De

todos modos — decía Mitre en uno de los capítulos de su libro todavía inédito sobre Artigas, — Artigas permanece como un enigma.» Esto, afirmado en la tarde de la vida por un historiador tan celoso de su fama, es una rectificación de fondo, es una gran rectificación a las sombras de la historiografía tradicional.

Si la historiografía ha prosperado desde el Renacimiento, la Reforma y la Contrareforma es debido a ese acicateo de la curiosidsd, de la incredulidad y de la fidelidad respecto del testimonio humano.

La historia, que participa por iguales partes de ciencia y de arte, es, en una palabra, una forma vital del conocimiento en cuya elaboración las disciplinas filosófica y morfológica tienen una intervención creciente y siempre decisiva.

Es la historia, así, una creación a la vez que una representación, una categoría a la vez que una anécdota personal.

«Ni nuestros conocimientos — escribe Schopenhauer en *De la filosofía y su método*, — ni nuestro entendimiento, se acrecentarán jamás mucho por la comparación y la discusión de lo que ha sido dicho por otros; pues siempre será como si vertiéramos en un vaso el agua de otro vaso. Sólo la contemplación de las cosas mismas puede, en realidad, enriquecer el conocimiento y el entendimiento; sólo ella es la fuente viva siempre en actividad y siempre al alcance de la mano.»

Y luego el filósofo denuncia la fantasía de las doctrinas filosóficas imaginarias que suelen seguir el primer método censurado.

Menos que los europeos atados a largas y muchas veces gloriosas tradiciones que, sin embargo, en ocasiones, son una rémora para la renovación de los espíritus, no nos atemos los americanos a las espaldas la enfadosa mochila de las opiniones hechas.

En la historia como en la filosofía — al decir del maestro Menéndez y Pelayo — nadie *sabe* cumplidamente sino aquella que por sí ha investigado.

Los intelectuales uruguayos pedimos a los argentinos, en nombre de la cordialidad irrompible de nuestra historia, una revisión fundamental, documentaria, de la crónica artiguista,

cuyas páginas han sido hechas por apasionados del unitarismo.

A vosotros, jóvenes alumnos, que sois la vida y la esperanza de nueva y libre cultura, a vosotros toca, en primer término, reconstruir la historia patria sobre las bases amplias e ilustradas de las humanidades...

Y en vuestro eximio decano, el doctor Levene, tenéis, desde ahora, el más cumplido modelo. Él va levantando, para gloria suya y de la literatura argentina, un monumento sólido, bello y patriótico. No con el patriotismo verbal y estéril de los que, amparándose en un nacionalismo simiesco, pretendiendo servir a la cultura superior adulan las pasiones fáciles de la plebe ígnara, digna de la «picana» que para ella pedía Voltaire, sino con ese amor discreto y reconcentrado de los verdaderos patriotas, y, si queréis, con aquel patriotismo laborioso y silencioso de que nos habla Ángel Ganivet, único eficaz, único de realidad educadora y el único que, depurando las fuentes del conocimiento histórico, proyecta sobre el lienzo inmaculado de la conciencia pública la visión de la patria austera y eterna de ayer.

MARIO FALCAO ESPALTER.